

las verdades eternas, pasando en oracion los días y las noches: llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion, y aun de la veneracion del asceterio.

Esparciose por toda aquella region la fama de la eminente santidad de Auria, y de los milagros que el Señor obraba por medio de su fidelisima sierva; y aunque sus deseos eran vivir desconocida de todos los mortales, se vió rodeada de innumerables gentes, que atraidas del buen olor de su virtud, deseaban ver y tratar aquel prodigio de la gracia.

Quiso Dios manifestar á su amada esposa lo agradable que le eran los santos ejercicios con que procuraba complacerlo, y así la regaló con esquisitos favores. Púsose en oracion despues de maitines del tercer dia de Navidad, en el que se celebraba por entonces la fiesta de Sta. Eugenia; y habiéndose quedado dormida, se le aparecieron en el dulce sueño tres hermosísimas vírgenes, que le manifestaron eran Sta. Agueda, Sta. Cecilia, y Sta. Eulalia, las cuales despues que la dieron muchas gracias por el gusto, y por la complacencia que recibia en la lectura de sus vidas, y de sus martirios, la dijeron: que el Señor la tenia preparado en el cielo el premio de sus rigurosos ayunos, de sus mortificaciones, y de sus lágrimas. Mostráronla una escala por donde las almas subian al cielo; y elevándola por ella, la llevaron á unos lugares deliciosos, donde vió muchos coros de espíritus celestiales, que gozaban de la vision beatifica. Dispertó Auria toda llena de consuelo, y encendida en vivísimos deseos de disfrutar cuanto antes la dicha, que en la vision le manifestaron las tres ilustres Santas, redobló el rigor de sus espantosas penitencias, y el fervor de sus oraciones: de suerte, que no viviendo desde entonces en sí, sino en Jesucristo, fué el resto de su vida una serie continua de admirables éstasis, arrebatada á fuerza de las dulces violencias del amor divino en que se hallaba abrasada, ansiosa por instantes de verse libre de los vínculos carnales, para unirse con su Esposo eterno.

A los nueve meses de la vision dicha, estando Auria orando fervorosamente en la noche de la fiesta de S. Saturnino, se le apareció la Reina de los Angeles entre coros de vírgenes con la majestad, y con la gloria de su soberanía, y con la dulzura propia de su carácter la dijo: Hija, ya es justo que se temple el rigor de tu penitente vida, y que recibas el premio de que son acreedores tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo. No tardó mucho en cumplirse el aviso de la Santísima Virgen; pero queriendo Dios acrisolar la virtud de su fidelisima sierva, la probó con una larga y penosa enfermedad; en la que

al paso de los agudísimos dolores que toleró con indecible paciencia, crecieron los consuelos celestiales, hasta que abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, entregó su espíritu en manos de su amado Esposo en el dia 11 de marzo del año 1070, hallándose presentes su madre Amuna, D. Pedro, abad del monasterio de S. Millan, con Muño monge que escribió la historia de esta gloriosa heroína. Dieron sepultura á su venerable cadáver en el de S. Millan, en un sepulcro abierto en una peña viva, que está á la entrada de la iglesia, al que se baja por una escalera estrecha de treinta y cinco escalones; y en lo sucesivo se erigió en honor de la Santa una ermita en la casa propia en que nació, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

SAN VICENTE Y SAN RAMIRO, MÁRTIRES.

La preciosidad de los metales de que abunda España; y la fertilidad de su terreno movieron á muchas naciones bárbaras á solicitar posesionarse de esta apreciable península á fuerza de las mayores violencias, y de las mas sangrientas guerras; como hicieron sucesivamente los Cartagineses, los Romanos, los Alanos, los Godos, y los Suevos. Establecieronse éstos en el reino de Galicia, y como estaban infestos con la peste de la herejía arriana, procedieron contra los católicos con mayor furor si cabe, que los paganos en aquellas desgraciadas épocas que suscitaron sus cruelísimas persecuciones contra la Iglesia. Tuvieron un conciliábulo en Leon, ó bien de motu proprio, ó por orden de Riciliano su rey, segun escriben algunos, á la sazón que se hallaba S. Vicente abad del monasterio de S. Claudio, Lupercio, y Victorico, sito en la misma ciudad, uno de los mas acérrimos defensores de la divinidad de Jesucristo, que era el punto cardinal de la reñida controversia entre los católicos y arrianos. Citáronle éstos al conciliábulo con ánimo de obligarle á que suscribiese la impiedad de su secta; pero presentándose el insigne prelado con aquel espíritu y con aquel valor que son propios de los padres ortodoxos, no satisfecho con haber declamado contra la execrable blasfemia, manifestó á los herejes, que no creia, ni confesaria jamás otra fe, que la definida en el santo concilio Niceno; por cuya defensa estaba pronto á dar la vida una y mil veces, si posible fuera.

No es fácil esplicar la ira que concibieron los herejes al ver la generosa confesion de Vicente, á quien miraban como uno de los mas formidables enemigos de su secta; y arrebatados de un

furor extraordinario, le desnudaron inmediatamente, y poniéndole en medio del conciliábulo, descargaron sobre su incente cuerpo una espesa lluvia de crueles azotes; pero horrorizados al ver los arroyos de sangre que corrían por el suelo, de la que vertían las heridas del ilustre prelado, determinaron encerrarlo en un calabozo oscuro, resueltos á hacerle sufrir los mas exquisitos tormentos. Entró Vicente en la prision lleno de extraordinaria alegría, considerándose dichoso por la merced que le hacia Jesucristo, de que padeciese por la defensa de su divinidad; y queriendo el Señor premiar la heroica fortaleza de su fidelísimo siervo, hizo que bajase de repente una celestial luz, que disipó las tinieblas del calabozo, derramando al mismo tiempo sobre la dichosa alma de su ilustre confesor una dulzura divina, y un consuelo de superior orden, que le inundó de gozo. También descendieron espíritus angélicos que le curaron perfectamente todas las heridas, dejándose percibir los celestiales cánticos con que alababan á Dios, de manera, que aquella horrorosa prision parecia haberse convertido en paraíso de delicias.

Mandaron los arrianos que compareciese segunda vez al conciliábulo, y quedaron atónitos cuando le vieron sin la mas leve lesion de los azotes pasados; pero aunque esta prodigiosa maravilla les dió á conocer que le defendia alguna virtud sobrenatural, con todo quisieron obligarle á que suscribiese la sacrilega blasfemia de su herejia. Valiéronse para reducirlo de las mas terribles amenazas; pero creciendo al compás de las conminaciones el valor, y la fortaleza del insigne abad en la confesion de la divinidad de Jesucristo, lo sentenciaron á muerte, con la prevencion de que se ejecutase á la puerta de su monasterio, para aterrar á los monges con el castigo hecho en su venerable padre. Lleváronlo los verdugos al lugar señalado con el tropel, y con la ignominia que les dió su impiedad, y descargando una herida mortal sobre la cabeza de S. Vicente, la separaron de su cuerpo en el dia 11 de marzo al comedio del siglo vi. Dejaron el venerable cadáver envuelto en su propia sangre; pero valiéndose los monges del silencio de la noche, le dieron sepultura cerca del sepulcro de los ilustres mártires Claudio, Lupercio, y Victorico, patronos del monasterio.

No dudaron los monges de la vision beatífica, que gozaba S. Vicente en premio de su glorioso martirio; y estando en oracion pidiendo al Señor, que les concediese auxilios, para poder pelear con fortaleza contra los herejes arrianos por la intercesion de su santo padre, se les apareció éste acompañado de

muchos coros de mártires, y les habló de esta forma: *Ya, hijos, llegó el tiempo de la inmolation: si alguno de vosotros desea lavar su estola en la sangre del Cordero, prepárese, bajo el seguro de que será coronado el que peleare legitimamente; pero el que no se halle con fuerzas para el combate, busque otra mansion donde librarse: yo, como veis, gozo de la vida eterna en compañía de los mártires, que derramaron su sangre en defensa de la fe órtodoxa.*

No se tardó mucho tiempo en verificarse el aviso de S. Vicente, pues no satisfechos los herejes con la muerte del insigne abad, resolvieron acabar enteramente con los monges de San Claudio, para evitar que siguiesen los pasos de su ilustre padre. Habia quedado haciendo los oficios de superior en aquella casa Ramiro, de quien no nos consta con certeza su patria, sus padres, ni su primera educacion; solo sí sabemos, que era un varon esclarecido en todo género de virtudes, el cual se hallaba á la sazón prior del espesado monasterio. Supo la determinacion de los arrianos; y encendido en vivísimos deseos de padecer martirio, dijo á sus compañeros: *Ya habeis oido, carísimos hermanos, lo que se ha dignado el Señor manifestarnos por medio de nuestro santo padre. Ya estais informados de lo que conviene hacer; bajo este supuesto, los que se hallan con fortaleza prepárense al sacrificio, y retirense los pusilánimes. Yo os ruego, que no perdais la corona que se nos presenta, ni os prive de la vista del Señor respeto alguno del mundo: antes bien digamos todos con el Apóstol llenos de firmeza: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿por ventura la tribulacion? la angustia? el hambre? la desnudez? el peligro? la persecucion? ó la misma muerte? Escrito está en las Sagradas Letras, que por la caridad de Dios somos mortificados todos los dias, llevados á padecer como las ovejás que se conducen al matadero; pero por estos conflictos esperamos la vida eterna por aquel que nos amó. No os acobarde, hermanos, el furor de los herejes, ni os aterren las crueldades que ejecutan con los defensores de la divinidad de Jesucristo, puesto que está con nosotros el mismo Señor, que nos eligió para combatir contra los enemigos de la fe católica, para que triunfando de ellos con su divina asistencia, reinemos en la gloria eternamente.*

Hecha esta celosa exhortacion despachó Ramiro inmediatamente á las montañas de Galicia á los monges débiles, que no se hallaban con valor para entrar en la pelea; y bajando á la iglesia con doce ilustres religiosos, á quienes eligió el Espiritu Santo para combatir con los enemigos de la fe católica, puestos

todos en oracion, esperaban de momento en momento ser victimas del furor arriano. No tardaron éstos en presentarse con mano armada al monasterio: llamaron á las puertas con extraordinario estrépito, salió á abrirlas el santo prior lleno de fortaleza; y entonando con él los doce monges el simbolo Niceno; y con especial repeticion aquellas palabras que condenan la impia herejia arriana, acometiéndoles los herejes como perros rabiosos, los despedazaron á fuerza de mortales cuchilladas. Dejaron tirados por el suelo los venerables cadáveres, y recogiéndolos los católicos, les dieron sepultura juntos en el mismo monasterio; excepto el cuerpo de S. Ramiro, que depositaron con separacion en un sepulcro de piedra tosca, conforme ofreció por entónces la oportunidad. En él se mantuvo por incuria de los monges, hasta que el Señor quiso que se elevase á lugar mas decente, por medio de un prodigio que recomendó la poderosa intercesion del insigne mártir. Cayó gravemente enfermo Fr. Alonso del Corral, abad de S. Claudio, y ofreciendo á S. Ramiro, á quien profesaba una devocion particular; que trasladaria sus reliquias á sitio mas honorífico, si recuperaba la salud, la consiguió por su intercesion; pero olvidándose de cumplir su promesa con la ocupacion de otros negocios, volvió á recaer en igual peligro, y reiterando su primer voto, luego que logró el mismo beneficio, puso en ejecucion su oferta. Halló el cuerpo del Santo íntegro sin la mas leve corrupcion, é incluyéndolo en una preciosa arca, que hizo labrar á sus expensas, la colocó en la capilla, que hoy llaman de S. Ramiro, en el día 26 de abril del año 1596: cuya traslacion se celebró con asistencia del obispo, del cabildo, del clero, y del pueblo de Leon, que concurrieron á solemnizar el acto con las mas festivas demostraciones.

La Misa es del comun de muchas santas mártires no virgenes, y la oracion de la Misa es la que se sigue:

Concedenos, Señor Dios nuestro, la gracia de reverenciar con devocion constante las victorias de tus santas mártires Perpetua y Felicitas: para que ya que no podamos solemnizar dignamente su triunfo, á lo menos las rindamos humildemente nuestros frecuentes respetos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 51 del Eclesiástico.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y

Salvador mio; porque has sido mi ayuda y mi protector; glorificaré tu nombre, y porque librate mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me librate segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor: de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de los lenguas maldicientes: mi alma alabaré hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Es el reconocimiento una especie de tributo que se debe á los favores que nos hacen. ¿Quién tendrá mas derecho que Dios á exigir de nosotros este tributo? ¿De quién hemos recibido mas favores? ¿Quién nos ha hecho mejores oficios? Y en medio de eso, ¿cuanto, y cual es nuestro reconocimiento? Traigamos á la memoria aquella mano benéfica, que nos ha sacado de tantos peligros, que nos ha conducido por senderos tan seguros y tan trillados; que nos ha sostenido en tantos y tan peligrosos pasos: aquella mano liberal que no cesa tanto tiempo ha de derramar sobre nosotros copiosa abundancia de favores. ¿Qué bien no hemos recibido de su beneficencia? Subamos con la consideracion hasta aquellos incomprensibles beneficios de la creacion, de la redencion, de la vocacion á tantas gracias particulares de que el Señor nos ha colmado. ¿Quién no tendrá justo título para decir que el Señor se ha declarado su defensor y protector? *Quoniam adjutor, et protector factus es mihi.* ¿Qué de lazos ocultos en una region donde reina tan poco la buena fe! *A laqueo lingue inique, et à labiis operantium mendacium.* ¿Qué de escollos en el mar borrascoso de este mundo! ¿Debermos acaso á nuestra industria el habernos librado hasta aquí de tantos peligros? ¿Podrá jamás ser obra de nuestras manos nuestra salvacion? ¿Quién no sabe que las pasiones con que nacemos son otros tantos leones prontos para despedazarnos? *A rugientibus preparatis ad escam.* ¿Quién no sabe que todo es tentacion, todo peligro sobre la tierra? ¿Y quién nos ha sacado hasta

aquí de tantos males? ¿Quién nos defiende? ¿quién nos protege? ¿quién saca la cara por nosotros? ¿Ignoramos que de todos estos beneficios somos únicamente deudores á la pura bondad de nuestro Dios? Ni son menores los que todavía esperamos de su amorosísima mano: ¡y en medio de eso cada día somos más ingratos á nuestro insigne bienhechor, á nuestro Dios, á nuestro Salvador, á nuestro Padre! ¿Cuando comprenderemos la enormidad, y las funestas consecuencias de esta ingratitud? ¡Y qué castigo la corresponderá!

El Evangelio es del capítulo 13 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vendé cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la

sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Asi sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondieronle: Si. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del precio de la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuanto vale la preciosísima sangre de Jesucristo, y ese es justamente el precio de tu salvacion, eso es lo que vale tu alma. ¿Pero es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion eterna?

Ella es un tesoro, pues encierra en sí, no solo todos los bienes, sino la fuente de todos en la posesion del mismo Dios. Pero bien se puede llamar tesoro escondido, pues son tan pocos los que conocen su precio; escondido, pues nada se quiere dar, y aun nada se quiere hacer para lograrle; escondido, pues se

pierde sin dolor, y con todo eso todos convienen en que el perderle es la mayor de todas las desgracias. ¡Qué digna de compasion es nuestra conducta! ¿Se ha logrado la salvacion? pues consiguíose la suma felicidad, no hay mas que apetecer, no hay que temer en el mundo. ¿Se condenó el alma eternamente? pues más que hubiese salido con todo cuanto emprendió durante la vida; mas que hubieses sido el hombre mas feliz, el únicamente feliz entre todos los mortales, todo se perdió para ti: nada hay de todo aquello: la suma desdicha, el cúmulo de todas las desdichas, y de todas las desdichas eternas será en adelante tu herencia. ¿Qué te parece ahora? ¿Será de algun precio la salvacion? ¿Merecerá la salvacion nuestras atenciones? ¿Será razon sacrificar alguna cosa para salvarnos?

¡Mi Dios! ¿en qué consiste nuestra prudencia? ¿qué se ha hecho de nuestro entendimiento? ¿adonde se ha ido nuestro buen juicio? ¿y á qué se reduce nuestra fe? Se consumen inmensos caudales, se gasta mas de lo que se tiene, se reduce un ambicioso á la última miseria por conseguir un empleo, por comprar una hacienda, por adquirir no pocas veces un nuevo fondo de inquietudes, de sobresaltos, de pesadumbres; y por el cielo, por lograr aquel fondo inenajenable de felicidad, aquel inagotable manantial de los bienes eternos, muchas veces se rehusa dar aun lo supérfluo; no se quiere dar á los pobres lo que se pierde en el juego; una abstinencia, un ayuno de cuaresma nos parecen preceptos muy gravosos. ¿A cuantos les parece que está demasiado subido el precio de la salvacion? Y con todo eso, buen Dios, ¿qué proporcion hay entre la bienaventuranza, la felicidad eterna, y todo cuanto podemos hacer y padecer en esta vida?

¡O Dios mio, y qué caros nos cuestan nuestros errores; y cuan lastimosamente desmiente nuestra conducta á nuestra fe! Saber qué cosa es la salvacion eterna; creer cuanto vale nuestra salvacion, y decir, que cuesta demasiado el salvarse; ¡qué mas impía, qué mas indigna estravagancia!

PUNTO SEGUNDO. — Considera lo que hicieron, y lo que padecieron los Santos para salvarse. Unos, desesperando de poderlo conseguir en el mundo, buscaron asilo á su inocencia en los mas espantosos desiertos: otros, precisados por su estado á vivir en el siglo, envidiaron la suerte de los anacoretas, vivieron en continua vigilancia, se consideraron como hombres agitados de la tempestad, siempre en peligro de perderse. Estos si que fueron hombres prudentes: estos sí que formaron concepto justo y

cabal del precio, y de la importancia de la salvacion eterna. ¿Somos nosotros, ó mas despejados, ó mas virtuosos, que aquellas grandes almas? Una Sta. Perpetua, una Sta. Felicitas, tantos millones de mártires se persuadieron que el cielo se les daba por nada, aunque les costó toda su sangre: ¿y nosotros rehusamos una ligera mortificacion, y apenas queremos dar por él una lágrima? ¿De cuando acá está el precio del cielo tan bajo para nosotros?

Es cierto que Dios no nos intimó precepto alguno de que dejásemos efectivamente todas las cosas por el cielo; pero nos le intimó muy positivo de que á todas ellas prefiriéramos nuestra salvacion. ¿Y pudiera, ni aun el mismo Dios, dispensarnos de este precepto? ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Y qué trueque, qué equivalente podrá encontrar, que sea proporcionado á esta gran pérdida?

Estas grandes verdades fabricaron aquellos esecelentes modelos de santidad, aquellos insignes ejemplos de mortificacion, de desasimiento del mundo, de penitencia. ¿Pero qué impresion hacen hoy en mi corazon, y en mi espíritu? Ellas están haciendo cada dia asombrosas conversiones: ¿por qué razon no seré yo del número de los que se convierten? ¿Pienso por ventura, que ya he hecho bastante para salvarme? Y si me veo precisado á confesar que hasta ahora apenas he hecho algo; ¿por qué no comenzaré á trabajar desde luego? ¿Acaso espero, que algun dia podré comprar la salvacion mas barata, ó que valgan mas con el tiempo mis merecimientos?

Pero Dios es infinitamente bueno; Jesucristo nos mereció á todos el cielo; su muerte por todos los hombres da á todos legítimo derecho para pretender la gloria. ¡Bellos principios! ¡saludables antecedentes! ¡nobles premisas, si sacáramos de ellas mas justas, y mas inmediatas consecuencias! Dios es bueno: ¿pues por qué somos nosotros tan perversos? Dios es bueno: ¿pues por qué razon le ofendemos? A Jesucristo le costó la vida nuestra salvacion: ¿pues por qué no trabajaremos nosotros para salvarnos? ¡Linda respuesta, por cierto, para dada al Hijo de Dios! Señor, demasiado padecisteis vos por mí: ¿pues para qué habia yo de padecer mas? Vos moristeis por mí: pues dejadme que viva, que triunfe, y que me regale por vos. ¿Tendrá vergüenza para apelar á la pasion el que fué enemigo declarado de la cruz? Apliquémonos sus méritos, como se los aplicaba el Apóstol, y digamos con él, pero digámoslo con verdad: *Yo cumplo en mi carne lo que faltó á la pasion de mi Señor Jesucristo.*

Si, dulcísimo Salvador mio, desde este momento lo comenzaré á ejecutar; porque ya no daré lugar á que se diga que lo dilato, ni por un instante solo. Lo mucho que hicisteis vos para que yo me salvase, me hace formar una idea cabal y justa de lo que vale mi salvacion, y me enseña perfectamente lo que yo debo hacer. Concededme, Señor, vuestra gracia, para que no sean estériles, é inútiles todas estas resoluciones. Desde este mismo punto comienza todo á ceder al cuidado de mi salvacion.

JACULATORIAS. — Dad, Señor, á entender á mi alma, y persuadídselo bien, que vos sois mi salvacion. (*Psalm. 34.*)

¡Qué gozo, mi Dios, cuando considero, que todas las aflicciones de esta vida, siendo tan ligeras, y tan momentáneas, me producen un peso eterno de gloria! (*2. Cor. 4.*)

PROPOSITOS.

1. Puesto que no hay ni verdadera gloria, ni bien real, y verdadero fuera de la salvacion, y que esta consiste en la posesion del mismo Dios; ¿podrá parecer demasiado, ó escesivo el precio de la salvacion? ¿Y qué concepto no debemos formar, qué aprecio no debemos hacer de lo mucho que vale? ¿Será mucho vender todas las cosas por comprar este tesoro? ¿Será mucho sacrificarlas todas por conseguir esta perla? ¿Qué bien podemos desear si poseemos á Dios? ¿Qué puede faltar á nuestra felicidad, si tenemos la dicha de salvarnos? ¿Puede haber objeto mas digno de nuestra ambicion? ¿Puede imaginarse mayor gloria? No se sabe si es falta de fe, ó de entendimiento, el no comprender esta verdad; pero bien se puede decir, que es falta de uno y de otro. Deja desde este punto ó de ser poco cristiano, ó de ser poco entendido. Formá concepto cabal y justo de lo que vale la salvacion, y comienza desde luego á obrar en todo arreglado á este concepto. Nada emprendas sin consultar este plan. Pesa todas las cosas con el peso de la salvacion, midelas todas con esta regla. Dependencias, empresas, negocios, tratos, viajes, estado, condicion, fortuna, cargos, empleos, todo se refiera á Dios; todo se haga con la mira á la salvacion; nada ejecutes, segun el consejo del Apóstol, que no te sirva para la otra vida. Dí á tu concupiscencia, ó por mejor decir, al tentador: este deleite ilícito, este empleo mal adquirido, esta hacienda mal ganada; ¿todo esto vale tanto como mi salvacion? Su posesion, que á lo mas me durará hasta la muerte, ¿podrá desquitarme de la pérdida de mi alma? ¡Oh, qué pocas culpas se cometerian! ¡Oh, cuántos ar-

repentimientos se escusarian, si se discurriera siempre de esta manera! Ya te se ha dado otra semejante regla: ¿la has, por ventura, seguido? ¿Y te aprovecharás mejor de la que ahora se te repite?

2. Mira qué aprecio hicieron los Santos de su salvacion, y de todo lo que podia contribuir á esta verdadera felicidad: ¿Qué sacrificios, qué combates, qué victorias! Ellos fueron verdaderamente sabios: ¿y te parece que hicieron demasiado? Mira lo que hizo, y lo que padeció S. Francisco Javier, así por su propia perfeccion, como por la salvacion de las almas: pídele que te alcance de Dios semejante ardor por la salvacion de la tuya.

Oracion para el dia octavo de la novena.

Grande Apóstol de tantos pueblos y naciones, que tuvisteis tan alta idea de la salvacion de mi alma; alcanzadme de mi Salvador Jesucristo la gracia de cooperar fielmente á tantas como he recibido de su liberalisima mano, y la de que nunca pierda el precio de mi redencion. Y pues el favor que os pido en esta novena es con respecto á mi eterna salvacion, conseguídmelo tambien, si fuere para mayor gloria de Dios.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN GREGORIO, papa, en Roma, doctor insigne de la Iglesia, el cual por las cosas memorables que hizo, y por haber convertido los Ingleses á la fe de Jesucristo, es llamado el Magno y el Apóstol de Inglaterra. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN MAMLIANO, mártir, tambien en Roma.

EL TRIUNFO DE SAN PEDRO, mártir, en Nicomedia; el cual siendo camarero del emperador Diocleciano, y quejándose públicamente de los inauditos tormentos que se daban á los mártires, por orden del mismo emperador fué conducido á su presencia, y primeramente habiéndolo colgado, lo azotaron cruelmente; despues le echaron en las lagas sal y vinagre; finalmente puesto en unas parrillas fué asado á fuego lento, haciéndose legitimo heredero de la fe, y del nombre de S. Pedro Apóstol.

LOS SANTOS EGDUNIO, presbitero, y otros SIETE, tambien en Nicomedia, que fueron ahogados cada dia uno para aterrorizar á los demás.

SAN TEOFANES, en Constantinopla, el cual siendo muy rico se hizo un pobre monje; por venerar las imágenes de los santos, estuvo preso dos años por orden del impio Leon Armenio; despues lo desterraron á